

"AFUERA, HACIA LA LEJANÍA, HACIA EL VASTO MUNDO, AFUERA"

Palabras de una canción escolar alemana

I Un viaje de Arica a Lima en 1912. Distintos tipos de casas en Lima. El Colegio Alemán. La enseñanza de los idiomas extranjeros. Compañeros de colegio afortunados y en desgracia La enseñanza de la música, el canto y la poesía. Viñetas de profesores. Zurkalowski y su juicio sobre los niños peruanos y los alemanes

A comienzos de 1912 nos embarcamos en Arica con rumbo al Callao en el vapor chileno *Palena*, uno de aquellos antiguos barcos de pasajeros de espléndidas condiciones navieras, con camarotes frente al mar, espaciosa cubierta y esmerado servicio. No fueron superadas más tarde —pese a todos los progresos— las comodidades que ofrecía a lo largo de la costa del Pacífico la navegación marítima en el transcurso de las décadas inmediatamente anteriores a la primera guerra mundial y durante los años que inmediatamente la siguieron.

Por varios años ocupamos en Lima un amplio departamento en un segundo piso de la calle Boza. Más tarde nos trasladamos a la calle Lescano a unos altos; y luego, en 1917, a raíz del incendio en una ferretería en los bajos de esa casa, a la avenida de la Colmena, llamada oficialmente Nicolás de Piérola. Tanto en la calle Lescano como en la avenida de la Colmena mi adolescencia gozó de un privilegio que a los niños y muchachos de hoy les está siendo negado: el de retozar en la azotea. Allí, en ese vasto espacio cortado tan sólo por los montículos creados por las ventanas teatinas, jugué con amigos o familiares, a la guerra, al deporte y alguna vez hasta a la representación teatral. En Lescano, dentro de un barrio más antiguo, podíamos a veces darnos el lujo de pasar a casas vecinas y asomarnos a la azotea del Club Italiano, hoy lujosamente reemplazado por el Banco Internacional, o a la de la casa de nuestros parientes los Forero cuya entrada era por la calle de la Merced. Un historiador urbanista, ante el inexorable cambio que se va produciendo en la estructura de Lima al aparecer en los últimos tiempos los edificios de estrechos departamentos con muchos pisos e, inmediatamente antes, las zonas residenciales de los suburbios del sur, podría señalar la división entre las generaciones no sólo de las clases sociales altas sino también de las clases medias superiores o inferiores que jugaron en azoteas, en el centro de la ciudad o cerca de él; las que pertenecieron a épocas más recientes crecidas en las mansiones de las nuevas avenidas y distritos suburbanos; o las de los años que ya se insertan en la actualidad, encerradas a veces en los circunscritos departamentos de muchos pisos, otra vez en el centro de la urbe. No olvido, por cierto, a las que crecieron en "callejones" o casas de vecindad con un destino mucho más triste que el nuestro.

Como en estos apuntes los aspectos familiares, íntimos o puramente personales de mi vida no deben ser destacados, omito la referencia a ellos, pese al hondo valor y a la preciada significación que para mí siempre tienen. Sin embargo, no me es posible, al hablar de los años de mi niñez y de mi adolescencia, callar los nombres familiares y queridos a cuyo amparo ellos pudieron desenvolverse plácidamente. Alrededor de mi madre, hasta su fallecimiento en 1924, estábamos mis dos hermanas Luisa e Inés (ésta casada con Fernando Ortiz de Zevallos) y mis hermanos Gastón (cuyo

matrimonio fue con Aurora Elguera), Federico (que formó un nuevo hogar con Clemencia Andraca), Carlos, Osear y yo. Fue el nuestro, durante muchos años, un grupo muy unido, en el que el cariño profundo no contradecía el mutuo respeto, la no interferencia en los gustos o aficiones de cada uno, la familiaridad seria, sincera, sencilla y leal. Ingenuamente creí que esta camaradería iba a ser muy larga. Inés, tan dulce y comprensiva siempre, fue la primera en morir, en 1929. Gastón había llegado a ser Gerente de la Compañía de Tranvías y por su don de gentes alguien me dijo que podía ser nombrado Ministro de Relaciones Exteriores de la familia. Falleció en 1939, cuando tenía tan sólo cuarenta y cuatro promisoros años. Federico, ingeniero educado por su propio esfuerzo en Estados Unidos y con rica experiencia en la Argentina y Brasil, hállase vinculado al plan vial cumplido durante la administración de Benavides y los primeros años de la de Prado hasta 1943, en que murió acaso por dedicarse en exceso al trabajo. Su integridad, su energía, su disciplina espiritual, su sentido del deber, tan grandes como su capacidad intelectual, le suscitaron en vida numerosos enemigos y críticos; y, después de muerto, admiradores y discípulos.

Cuando se avanzaba en el trazo de la carretera a Pucallpa ocurrió el episodio de las dificultades para seguir adelante hasta que fue posible encontrar el llamado "boquerón del Padre Abad". Esta abertura, que la carretera luego pudo seguir, Federico la ubicó después de leer el documento de aquel sacerdote en uno de los volúmenes sobre las misiones franciscanas editados por el P. Bernardino Yzaguirre que dejé en nuestro antiguo hogar de la avenida de la Colmena por no tener sitio en la pequeña casa que ocupé después de mi matrimonio. Carlos era muy inteligente, muy culto y muy fino, capacitado en minas, puertos, astronomía y geología. "La Enciclopedia" lo llamaban sus alumnos en la Escuela de Ingenieros, muchos de ellos en actividad ahora. Gran escéptico, desdeñaba el espíritu de lucha; y la circunstancia de haber cargado con el peso de la familia al fallecer nuestro padre en 1909, no dejó de afectarle. El ingeniero Kraus, que vino a hacer estudios en el Callao y en Matarani hacia 1914, lo escogió para llevarlo a Holanda y así resultó un experto en problemas portuarios. Otra fase de su vida profesional, no aprovechada bien por el Perú, como ha ocurrido y ocurre en tantos casos, discurrió en su trabajo durante varios años en el Cuerpo de Ingenieros a cuyo servicio recorrió casi todo el Perú; así como su trabajo en la Dirección de Minas. Exquisito aficionado a la música, gracias a su espléndida discoteca conocí la belleza de la música clásica. Osear falleció en 1973. Con Luisa, que tanto se preocupó por mí cuando fui niño y adolescente, somos los únicos sobrevivientes de una familia tan numerosa y tan rápida e implacablemente maltrecha.

Testigo de la desaparición de esas personas muy queridas y tan necesarias para todos los suyos, como he sido, y sigo siendo, a través del tiempo, cada vez más de innumerables hechos análogos, vienen a mi memoria las palabras de Shakespeare en *King Lear*:

*As flies to wanton boys, are we to the gods
Tey kill us for their sport.*

Frase análoga a la de Robert Browning:

*Such puppets, best and worst
are we, here is no last not first.*

No había entonces en Lima colegio inglés. Mi madre tomó la decisión de matricularme en el Colegio Alemán. Permanecí en este plantel desde el tercer año de Primaria hasta el penúltimo de Secundaria, o sea el tercero, entre los años de 1912 a 1917. Muchos fueron mis compañeros de clase; pero su número fue disminuyendo a lo largo del tiempo por diversas razones, sin que pudiese haber reemplazos pues era necesario saber aquel idioma para estar en condiciones de seguir los cursos. En esta última fecha citada, o sea en 1917, hallábanse en mi misma promoción Leónidas Avendaño, Juan Alfaro, Miguel y Adolfo Dammert, Willy Harten, Siegfred Redlich, Alfred Oechsle, Tilly Müller y varias muchachas entre las que recuerdo a Gertrud Justus y Anita Dammert. Antes habían estado en la misma clase Luisa Aspíllaga y Luisa Stierling. Avendaño, a quien volví a encontrar muchas veces en la vida, llegó a ser empleado en Nueva York, juez en Lima, funcionario internacional y traductor en el Ministerio de Relaciones Exteriores. Falleció cuando circunstancias políticas le eran desfavorables. Alfaro, como ingeniero agrónomo, trabajó en haciendas del norte y murió varios años antes. Miguel Dammert Muelle llegó a ser dirigente de la Corporación de Turismo, Alcalde de San Isidro y Senador por Lima; y tuvo, además, actuación en el campo de los negocios. Adolfo Dammert Tode dirigió, a la muerte de su padre, la casa comercial por él fundada. Análoga resultó la tarea de Harten con relación a los intereses de sus hermanos. Oechsle tengo entendido que regresó a Europa. Redlich, "el gordo", murió siendo aún muy joven. Las muchachas que he mencionado se casaron. Uno de los hijos de Anita Dammert, Manfred Zapf Dammert, es hoy un notable cirujano.

El Colegio Alemán funcionaba desde sus comienzos en 1910 en un caserón antiguo arrendado en la calle Mascarón. No se permitía a los vendedores ambulantes estacionarse a la puerta. Vecinos inmediatos eran los Valdez, familia de varios hombres capaces, íntegros y trabajadores. En la vereda de enfrente estaba el hogar de Juan y de Hipólito Alfaro, aquél compañero mío de aula. Con ambos jugué durante varios años en perfecta camaradería.

Creo que se entraba en lo que fue nuestra casa adoptiva de la infancia y de la adolescencia inicial por un angosto vestíbulo y después se llegaba a un primer patio de mediano tamaño, escenario de anuales fotografías conmemorativas. A la derecha del vestíbulo había sido ubicado el sagrado recinto de la dirección; y detrás de ella venían unos cuatro salones de clase. También el colegio usaba para la enseñanza, una tras otra, hasta dos habitaciones más frente a ese patio. Un corredor lateral, a la izquierda, servía como puerta de ingreso a dos patios más, conectados entre sí, el primero de ellos antesala de otras aulas. En el del fondo, mucho más vasto, admirábamos a un árbol añoso.

El colegio se trasladó después de 1917, si mal no recuerdo, a una gran residencia de la Lima antigua en la calle Botica de San Pedro y allí estuvo hasta 1924. Desde 1925 tuvo su ubicación en la avenida Bolívar. Luego, ya más ampliado, fue necesario construir para él un edificio especial en la avenida Bolívar de Miraflores. Allí lo sorprendió la segunda guerra mundial; y, por ese motivo, interrumpió sus labores. Bajo el nuevo orden que comenzó en 1945, permaneció en el mismo sitio hasta 1959. Ahora, con el nombre de "Alexander von Humboldt", es uno de los mejores planteles del Perú no sólo por su organización, su material didáctico, su profesorado y otros factores, sino también por su conjunto arquitectónico, iniciado en 1959 y en total actividad a partir de 1960.

En nuestra época, la "Deutsche Schule" estaba sostenida no sólo por la colonia alemana en Lima sino, además, por una entidad gubernamental que se llamaba "Asociación de los Amigos de la Educación Patria", editora de algunos de los textos que usábamos en nuestras clases. En la pared de la oficina de la Dirección aparecía, imponente, una gran fotografía del Kaiser Guillermo II. Dentro del repertorio muy variado de canciones que entonábamos en la

asignatura de Música, a la que, repito, se otorgaba gran importancia, o en nuestros paseos campestres, incluíanse "Alemania, Alemania, sobre todo", entonces el himno oficial del Imperio; "La guardia en el Rhin", con bellísimos acentos melódicos y con el afán de recordar la necesidad de mantener la vigilancia en la frontera con Francia; el himno de la marina de guerra que tenía un elogio a la bandera blanca, roja y negra; y, homenajes a los soldados, a la caballería, a las espadas, a las trompetas y a la maravillosa ciudad de Estrasburgo.

La Cruz Roja Alemana efectuó, en plena contienda, hasta el rompimiento de relaciones con el Perú, fiestas sociales brillantes y muy bien organizadas para obtener fondos. En ellas se vendían "tarjetas de guerra" cuyos dibujos evocaban escenas heroicas; y, en algunos puestos de la colecta, los periódicos fotografiaron a alumnos uniformados de nuestro plantel. Cuando se celebró, en noviembre de 1916, una misa solemne en la iglesia de La Merced con motivo del fallecimiento del Emperador Francisco José de Austria, un grupo de colegiales fue destacado para hacer la guardia de honor con nuestro peculiar uniforme al que se agregaron guantes blancos y una franja de luto en el brazo. Debieron ser unos pocos; yo no me acuerdo de aquella ceremonia; me consta, sin embargo, que allí estuvo Federico Mould Távora. En las asignaturas de Historia Universal nos suministraron magníficos textos venidos de Europa; pero ellos se basaban en el criterio de su lugar de origen. Así, por ejemplo, estudiamos la etapa de la Reforma desde un punto de vista protestante o luterano aunque sin afanes proselitistas. Por cierto, en cada año, hubo para los católicos una clase de religión a cargo de un sacerdote agustino muy capaz.

En lo que a mí atañe, fui inconsciente de lo que ocurría en el mundo hasta, más o menos, 1917. Mi simpatía se afilió entonces a los aliados, entre otras razones porque un pariente mío, José García Calderón, compañero e íntimo amigo de mi hermano Carlos en días juveniles (atesoro cartas de él fechadas en los primeros días de su estada en París) el más brillante de los García Calderón Rey, se enroló en el ejército de Francia y pereció en Verdun. El Colegio Italiano funcionaba en la vecina calle de Corcovado. Apenas Italia ingresó en la guerra contra Alemania, empezaron las trompeaduras con la participación de nuestros muchachos y los de ellos; y allí estábamos también quienes no deseábamos la victoria del Kaiser y de los países con él alineados.

Independientemente del fervor que por su patria tenían, de un lado la colonia y su gente, por lo general admirable en su espíritu de trabajo, unida con lealtad al Imperio, y, asimismo, los profesores de nuestro plantel, éste orientó su enseñanza siempre de acuerdo con los programas oficiales aunque todas las asignaturas no relacionadas con la geografía o la historia del Perú, la religión católica o los idiomas castellano e inglés se enseñaban en alemán, a cargo de profesores especialmente contratados desde Europa.

En los últimos tiempos se ha polemizado mucho en el Perú sobre el problema del aprendizaje de los idiomas extranjeros en los años iniciales de las escuelas o de los colegios. El criterio de la comisión gubernativa que orientó la reforma educativa en 1971-74 es radicalmente opuesto a esa práctica pues la considera "alienante". Formo parte de una promoción de alumnos que, como otras anteriores o posteriores, desde los primeros años, estuvo obligado al conocimiento hondo y al manejo diario de un idioma extranjero, en este caso el alemán. Hasta nosotros llegaron las tensiones apasionantes de un tiempo de guerra y he expuesto cómo absorbimos algunos de sus frutos, quizá no por una propaganda mendaz sino como eco de sentimientos que a nuestros profesores y a quienes pertenecían a la misma nacionalidad en Lima no les era dable ocultar. Sin embargo, todos esos fervores resbalaban en la periferia de nuestra atención infantil y no dejaban huellas, salvo los casos en que, por motivos familiares, económicos o nacionales, se ahondó esa conciencia. Creo que

a ninguno, absolutamente a ninguno de los peruanos que tuvimos el privilegio de ser alumnos de la excelente *Deutsche Schule* se nos presentó jamás un conflicto emotivo, intelectual o de otro tipo como resultado de la enseñanza que recibimos. En ella lo verdaderamente importante eran muchas otras cosas ajenas al Kaiser o al Imperio. Ninguno de nosotros renegó en momento alguno de nuestro país. En cambio, todos recibimos perdurables beneficios. Abundan los casos de excelentes ciudadanos entre los egresados del Colegio Alemán de mi época y de las épocas que vinieron después. Uno de ellos, Fernando Berckemeyer, actuaba como brillante Embajador del Perú en Washington, en los momentos precisos en que este innecesario debate se producía.

Otra de las peculiaridades que encontramos tanto en nuestra educación primaria como en la media fue la de que los estudios se hacían en los mismos salones al lado de muchachas. Creo que la coeducación no funcionaba entonces como hecho normal en Lima. La experiencia que vivimos dio resultados positivos. Nuestras compañeras fueron buenas amigas y, a su lado, las clases resultaron menos aburridas. Verdad es que nuestro régimen era de disciplina estricta y cada promoción llegaba a un número diminuto.

Recuerdo a los maestros de mi época como exponentes típicos de las generaciones de la época "guillermina" o "kaiseriana". Tuve alguna relación más tarde, durante los años de la República de Weimar, con algunos de los que después llegaron, haciendo gala de excesivo espíritu de camaradería con los alumnos y con una actitud, en el fondo, derrotista ante la vida. Después vi de lejos a los agentes desembozados, fanáticos o cínicos del Tercer Reich. En mis años escolares fluía de nuestros profesores un rígido pero sincero y honesto sentido disciplinario; y, a la vez, trataban ellos con gran familiaridad a cada uno de los alumnos. Había que ponerse de pie marcialmente cuando entraban y salían; conservar limpios los salones, patios y carpetas; portarse bien en clase. Conocían y tuteaban a los matriculados en el colegio; notable peculiaridad para quienes después hemos enseñado en planteles con aulas atoradas por sesenta a setenta o más muchachos, sin que lográsemos identificar a todos. El Colegio Alemán de entonces era tan pequeño que no sólo alcanzábamos a tener gran camaradería con los compañeros de clase, sino que conocíamos a los de otras promociones, sobre todo a quienes seguían sus estudios en los años más avanzados, que apenas eran dos, y que tan lejanos y superiores parecían. Allí, en esos altos niveles, estaban Félix y Enrique Dibós Dammert (éste último muy cordial y buen amigo en los días del colegio), Julio y Enrique Normand, Richard Redlich, Víctor Manuel Montori. Dos de los estudiantes antes citados murieron demasiado jóvenes y dejaron ese recuerdo tan hondo de los que se van primero en una generación: Alejandro Cancino cuya ausencia enlutó y entristeció para siempre a su admirable novia Olga Dammert Tode; y Erich Hillman, víctima, años más tarde, de un trágico accidente en los Alpes, Aunque perteneció a promociones siguientes a la mía, conservé a través de los años, fraterna amistad con Enrique Dammert Elguera.

Sería muy largo, ocioso e imposible en estos momentos hacer una lista de otros alumnos y alumnas de la *Deutsche Schule*. Me limito a incluir unos cuantos nombres y pido disculpas ante quienes no aparecen aquí, asegurándoles que, a pesar de este silencio involuntario, mi cariño los acompaña. Entre las muchachas no puedo olvidar a las hermosísimas hermanas Inés y Alicia Wallach, la primera muerta por el cáncer cuando era aún joven; a Lucila Dammert Tode, muy bella en un sentido distinto; a Ida Westermann tan atractiva junto con su hermana; a Consuelo Gambirazio llena de encanto, hoy esposa del general Fernando Melgar. Colegiales menores que yo fueron también Federico Mould Távara, Fernando, Gustavo y Osear Berckemeyer, Juan Ignacio Elguera, Alfredo y Luis Dammert Muelle, Roberto Dammert Tode, Eduardo Patow, Eugenio Alarco Larrabure y sus hermanos, Carlos Ayulo Lacroix, Luis y Jerónimo de Aliaga

de quienes tuve el privilegio de ser amigo muchos años más tarde, Oswaldo Herculles, Ricardo Elías Aparicio, Emilio Fetzter después esposo de Alicia Wallach, José Toribio Flores el abanderado de la lealtad y de la devoción al colegio. Otros nombres surgen en la memoria sin que ella pueda ubicarlos cronológicamente. Me parece que Rafael Belaúnde Terry e Ismael Cobián Elmore estuvieron en las clases de la calle Mascarón; pero Fernando Belaúnde Terry ingresó en las de Botica de San Pedro, en época distinta a la mía. Quizás Eduardo Miranda Sousa comenzó sus estudios hacia 1917; pero su hermano Jaime perteneció a una promoción más joven. Agregó, además, en esta trunca relación, aunque sus años escolares fueron muy distantes de los míos, a Estuardo Núñez, Rafael de la Fuente Benavides, y Carlos Cueto Fernandini.

Sería mentir decir que recuerdo sólo a estos jóvenes del Colegio Alemán a quienes, en una forma u otra, la vida hizo que destacasen. Mi memoria acompaña también a otras figuras desvanecidas en el limbo, como la de Tilly Muller, compañero de año, hijo único que viajó con su madre viuda o abandonada a Estados Unidos, sin que nadie tuviera más noticias de ellos; y a algunos que conocieron el infierno en la tierra o lo buscaron. Entre estos últimos, pude ver de cerca a un muchacho, hijo de una conocida familia de Lima, cuyo padre ya viudo habíase casado por segunda vez. Todas las apariencias indicaban que Luis era dueño de un porvenir ampliamente asegurado. Sin embargo, desde que se matriculó en nuestra clase evidenció una disposición sorprendente para tomar actitudes insólitas. Empezó por redactar un periódico manuscrito contra los profesores y el colegio. Se mandó hacer tarjetas con su nombre premunido de títulos que, sin saberlo, anteceden a la poesía dadaísta. Organizó pomposamente una sociedad con la finalidad de que cada semana los compañeros le entregasen pequeñas sumas de dinero; su monto total debía servir para hacer apuestas en las carreras de caballos cuyos dividendos él prometió repartir en forma generosa el día lunes. Por cierto, la empresa quebró después de una o dos tentativas. Introdujo la novedad de llevar cigarrillos y fumarlos a escondidas en el salón de clase o en el patio. Más tarde supe que, ya apartado de la etapa escolar, fue uno de los mayores aficionados a drogas en Lima y que cayó en un homosexualismo de contornos rufianescos. Pero nada de esto llegó a ser tan impresionante como una noticia dada por alguien que tenía motivos para saberlo. Cuando la difusión del automóvil intensificó la prostitución clandestina a fines de la década de los 920, razones económicas llevaron a ampararse en ella a una muchacha hija de alemán, varios años menor que yo, casada con otro hijo de alemán, y cuyo recuerdo guardaba yo como el de una niña tierna, dulce y esquiva.

Detrás de una apariencia hosca y hasta ruda, algunos de los maestros alemanes kaiserianos que no trepidaban de dar con frecuencia bofetadas a muchachos insumisos, ocultaban almas finas y sensibles a la belleza del arte. Karl Weiss, por ejemplo, más tarde rígido y temido sub-director del Colegio de Guadalupe y luego infatigable director, restaurador y animador, a través de muchos años, del venerable Colegio Nacional San José de Chiclayo, foco de luz en la cultura de aquella región, guardaba el secreto de ser un inspirado y original dibujante con lápiz y tinta china. Su melnuda cabeza era realmente bien definida. No quiero decir que todos estos profesores ostentaban igual calidad espiritual. Muchos hemos recordado siempre la escena que tuvo lugar cuando uno de ellos entró en un salón de clase y, como en cumplimiento de una perentoria notificación militar, dijo señalando con el dedo índice a cierto alumno: "Roberto, puedes irte a tu casa. Tu padre ha fallecido".

Querer implantar de pronto un clima de dulzura en ese mundo de jóvenes retozones manejados con mano férrea, podía tener efectos desastrosos. Eso le ocurrió a un profesor apellidado Spannaus, a cuyo cargo estaba la clase de Música. Cuando recién llegó, Spannaus quiso tratar con

gran cortesía y gentileza a los alumnos que, desorientados con tan extraña actitud, comenzaron a molestarlo hasta que su vida se le hizo imposible.

La música y el canto formaban parte del plan de estudios, con importancia igual a la de las otras asignaturas. En los textos alemanes de nuestras carpetas, al lado de los de historia, gramática, aritmética, álgebra y otros, tuvimos las notas y la letra de innumerables canciones que, con frecuencia, aprendimos de memoria. Villancicos que han recorrido siglos evocando la noche de paz y de amor en la navidad o loando a los simbólicos pinos verdes tanto en el verano como en el invierno, sanos y leales siempre, capaces de alegrar aun llenos de la nieve que en este clima no conocemos: recuerdos de las flores que lucen dentro del esplendor de las mañanas en tanto que solo mira pasar las nubes viajeras en el cielo quien se queda en su casa; nostálgicas despedidas del emigrante que va del campo a la ciudad y de la patria al extranjero; marchas alegres para entonarlas caminando por las praderas y por los bosques que luego he de evocar; altaneros himnos, como aquellos ya mencionados antes. Y, además, poesías que ocupaban gran número de páginas en los libros puestos a nuestro alcance, versos clásicos y también románticos. Trozos de imperecedera belleza como *La Campana* de Schiller, obra larguísima que aprendimos íntegramente de memoria; el *Lorelei* de Heine; el nostálgico recuerdo de Goethe dedicado al país donde florecen los limoneros, sus bellísimas estrofas de *Heidenroeslein*, *Die wandelnde Glocke* o *Es fing ein Knab ein Vogelein*.

En 1914, a los dos años de mi ingreso al colegio, mientras estaba yo en quinto de primaria, estalló la contienda mundial a la que ya he aludido. Uno de los maestros, el señor Kitzing, rubio, bigotudo, menudo, muy ceremonioso, siempre elegante con su levita negra en invierno y una americana de dril en verano, partió a incorporarse en el ejército y murió combatiendo.

Los otros continuaron en Lima, acaso por razones de edad, quizás por el bloqueo impuesto, por los aliados. El colegio funcionó normalmente. Las clases de inglés siguieron a cargo de un magnífico profesor australiano, el señor Steane, rojizo, canoso, soltero, excéntrico, gran excursionista por los cerros de los alrededores de Lima. En el curso de la guerra llegó nuevo personal docente, venido de las antiguas colonias alemanas en Asia o África, o del plantel similar existente en Chile. Uno de los que había residido en este país, el señor Freysinnet, hombre ya de edad, de bigote y perilla canosos, no ocultaba sus preferencias por él. Su mala voluntad para con nuestra patria tenía rasgos tan curiosos como el de decirnos más de una vez en clase: "Pregunten a sus padres, por qué si en el Perú hay numerosos pobres, se usa tanto el mármol como material de construcción en las casas particulares y en los edificios públicos, cuando no hay mármol suficiente en este país". A clases posteriores a la mía, llegaron otros maestros que dieron motivo a cuentos y chascarrillos de los muchachos. De uno de esos profesores oí relatar algo que me parece el episodio de una novela de Dickens. Y es que la imaginación y la agudeza de ingenio de los niños pueden a veces hacer recordar a los novelistas geniales. Según la versión antedicha, que era preciso escuchar en labios de sus propios creadores, aquel señor hombre sombrío, huraño, solterón, con fama de avaro, repelente hasta en su aspecto físico en el que destacaba una larga y angosta perilla con unos escasos pelos rubios que le nacían en el labio inferior, acostumbraba, al salir del colegio, al final de la mañana y al final de la tarde, dirigirse pausadamente hacia una panadería cercana. Allí se detenía para contemplar unos pasteles exhibidos en la vitrina que daba a la calle y que debían costar entonces apenas veinte o treinta centavos. Miraba y miraba, a veces retrocediendo, a veces acercándose, a veces poniéndose en un ángulo izquierdo o en un ángulo derecho de la vitrina. Así pasaba lentamente como en un rito muchos minutos. Al fin, se acariciaba con voluptuosidad la perilla y seguía su camino con paso mucho más reposado. La inventiva de los chicos se lucía también

en los apodos. Algunos de esos sobrenombres resultan inpublicables por el gusto que los adolescentes sienten por lo escatológico y que explica la popularidad de los llamados cuentos de Quevedo; otros venían a ser obvios o burdos, como el de "Cabeza de boliche" o "Cabeza de mosca" a un alemán completamente calvo. En otras oportunidades, sin embargo, surgían con la agilidad de sorprendentes combinaciones de palabras. Así, a un profesor cuya descripción resulta innecesaria, lo llamaban "Tallarín con cuello"; a otro, alto, feo y rojizo, "Cachetada del diablo".

Este don del chiste y del sobrenombre es patrimonio de los muchachos de todos los colegios y de todos los tiempos. Todavía hay guadalupanos que recuerdan a "Huevo duro" y que repiten el cuento del atildado profesor que exclamaba: "Doméstico, coge ese cuadrúpedo por el apéndice y arrójalo por el cuadrilátero".

El director del Colegio Alemán en mi época fue el Dr. Erich Zurkalowski. Sin duda alguna, desde el punto de vista académico y cultural y acaso socialmente, era superior a sus colegas. Tenía a su cargo, dentro de visible eficacia, los distintos cursos de Historia Universal. Fue mi profesor de Historia Moderna y así resulté obteniendo del movimiento de la Reforma una versión luterana. Alto, atildado, con algo de jirafa, nada propenso a la vulgaridad, inspiraba entre los alumnos unánime respeto, aunque en él parecía haber algo de hosco sin desmedro de la sencillez en el trato. Ya en la época en que fui alumno de la Universidad, vi publicados algunos trabajos suyos sobre aspectos sociales de la época de los Incas. Cuando llegué a Berlín a mediados de 1932, me dijeron que en esa ciudad era director de uno de los grandes planteles estatales de educación secundaria. Busqué la oportunidad de un encuentro y no tuve dificultad alguna para él. Zurkalowski, soltero empedernido en Lima, se había casado en la capital alemana y vivía muy contento con su hogar recién formado y con su diario trabajo. Me recibió afectuosamente, hicimos gratos recuerdos de los años lejanos y se interesó mucho por lo que estaba ocurriendo en el Perú. Un día le hice esta pregunta: "Usted que enseñó durante un tiempo largo a niños peruanos y hoy enseña a gran número de niños alemanes ¿qué diferencia encuentra entre unos y otros?". Se quedó pensando un rato y luego me dijo: "Los peruanos aprendían rápidamente y olvidaban pronto y los alemanes aprenden con más dificultad pero ya no olvidan".

El último de los directores del Colegio Alemán antes de la segunda guerra mundial, fue el Dr. Richard Westermann (1). Aunque había llegado a Lima cuando todavía no imperaba el Tercer Reich, se volvió un fanático nazi. Apenas se produjo la alianza o la solidaridad de la mayor parte de los países de América del Sur con los aliados en la segunda guerra mundial, estuvo Westermann entre los extranjeros indeseables que fueron apresados y deportados en 1942, muchas veces en medio de condenables abusos y para perpetrar sucios negocios. Desde Estados Unidos llegó a ser repatriado, creo que dentro de un intercambio de prisioneros en el que acaso lo ayudó la intercesión de discípulos peruanos, poco antes del final de la contienda; pero le tocó residir en una zona que fue luego ocupada por los rusos. Más le hubiera valido no tener protectores.

II La revolución de las ciencias en nuestro tiempo. El espejismo del progreso en el mundo. Las agoreras señales antes de 1914, Las resquebrajaduras en la civilización.

Una de las características más importantes que ofrece la época en que

(1) Richard Westermann publicó un corto estudio sobre educación peruana y acerca del Colegio Alemán. Se tituló *Des Schulwesen der Republik Perú, und die Deutsche Schulen in Lande*. Leipzig, Norke 1929.

nos ha tocado vivir es la tremenda diferencia entre lo que aprendimos en el colegio quienes a principios de este siglo nacimos, lo que comenzó a ser estudiado poco antes de que él se iniciara, y lo que se ha podido saber en los años posteriores. Radicales son esos cambios en el ámbito de la física, de la química, de la biología y de las matemáticas, así como en otras ciencias.

No sólo mis profesores europeos sino los peruanos estuvieron lejos de hacernos comprender, según mis recuerdos, la trascendencia y la vastedad dramática de tal revolución. En 1896 Antoine Henri Becquerel por una casualidad feliz — ¿fue efectivamente feliz?— descubrió los rayos radioactivos que emanan del uranio y recibieron su nombre; y en 1898 los esposos Curie, siguiendo esa ruta, aislaron las primeras partículas de aquel elemento tan activo y por tanto tiempo ignorado que se llama radio. Antes, en noviembre de 1895, Roentgen anunció su descubrimiento de los rayos X, que penetrando objetos antes notoriamente impenetrables rompieron la barrera entre lo exterior y lo interior de los cuerpos "sólidos". Empezaban, pues, los hombres a vivir en un mundo poroso, permeable, trasluciente, cuyas paredes y fronteras si no eran totalmente ilusorias existían sobre todo en los cerebros.

Escuché en el Colegio Alemán que la unidad fundamental de la materia es el átomo, cada uno de ellos una entidad completa y autocontenida cuyas proyecciones es posible describir sin que se llegue a entrar más allá, o sea dentro de sus elementos subyacentes. En consecuencia, resulta indivisible. No tuve ni sospechas de la teoría de la relatividad restringida que planteó Albert Einstein a los veinticinco años, en 1905; ni de las rectificaciones hechas por él mismo en 1915 en su obra *Teoría de la relatividad generalizada* a la ley de la gravedad formulada por Newton. Sólo en tiempos muy cercanos me ha sido dable conocer muy superficialmente lo fundamental que se relaciona con las pruebas de Joseph John Thomson acerca de que los rayos de la electricidad son partículas millares de veces más ligeras que el átomo más ligero, con lo cual descubrió el electrón dentro del átomo que durante un tiempo tan largo fue considerado indivisible. Y, de lejos, supe otras cosas más. Ernest Rutherford halló en 1919 las relaciones estructurales de las partes del átomo entre sí, o sea la verdad de que los electrones giran en una nube de órbitas alrededor de su fuerte núcleo; en otras palabras, que se puede desmenuzar la constelación de esa carga eléctrica, comparable a un sistema solar en miniatura. Max Planck demostró que la energía inserta en las diferentes olas de luz cuando es irradiado un cuerpo caliente, estalla como si disparase una serie de balas cuyas unidades llevan en sí una cantidad fija de longitud en su onda, y a esa cantidad mínima de energía la llamó quanta. El danés Niels Bohr al mostrar que el salto de un electrón sobre la órbita de otro siempre desparrama la misma cantidad de energía, llevó a la nueva física de los cuanta y hacia el conocimiento de la estructura atómica en 1913. Pertenecen a fechas muy posteriores las evidencias de que hay partes en el núcleo del átomo y de que existen en él protones positivos y protones negativos, unidos por una fuerza eléctrica. Luego se hizo concebible que el mismo núcleo atómico pudiera ser penetrado, convertido en inestable y capaz de liberar su formidable energía aglomerada; y pudo efectuarse la fisión en variantes atómicas o isótopos de uranio. Así llegó a estar en manos del hombre no sólo la posibilidad de describir la estructura del átomo, sino, de hecho, la aptitud de destruirla. El radar, la televisión, el poder nuclear y otros elementos técnicos fundamentales del mundo cotidiano de hoy se derivan de la física.

Fascinantes transformaciones no sospechadas por mí en mis días de estudiante se han producido también en la química. A lo largo de la edad adulta y después de haber terminado mi etapa universitaria, me ha sido dable llegar a una vaga idea de ese verdadero "cuento de las mil y una noches" que es el de los descubrimientos químicos en los últimos ochenta años. La primera sus-

tancia plástica fue inventada en 1868, tomándola del celuloide. Ahora el número de las plásticas es enorme y sirve a múltiples fines. He leído con asombro hace algún tiempo, que un moderno barco de guerra utiliza más de mil de esos productos y un aeroplano más de doscientos. Otras de esas historias maravillosas que en nuestros días acontecen son las de productos como el "nylon" y "rayón" nacidos en tubos de laboratorio; la transformación de los gases excedentes emanados de las calderas de carbón de la industria del acero en productos químicos orgánicos; el aporte de la química a la medicina que abarca desde las vitaminas y los antisépticos hasta los germicidas y las antitoxinas e incluye el descubrimiento de los antibióticos.

Las matemáticas fueron entendidas, a través de mucho tiempo, como ciencias de medidas y, por lo tanto, de números. Un especialista alemán de fines del siglo XIX expresó: "Dios hizo los números; lo demás es obra del hombre". Los números básicos, todos los números, debían ser aceptados, en su profundo sentido, como emanados de Dios. Una nueva época empezó con el desarrollo del razonar estadístico, el nuevo enfocamiento de los problemas concernientes a las relaciones y a la estructura, los trabajos sobre el espacio noeuclidiano y acerca de las funciones algebraicas y geométricas que de él pueden ser deducidas. Ya las matemáticas comenzaron a ser vistas no como un universo de números ensamblados mediante ecuaciones, sino como una serie de estructuras que se relacionan a través de operaciones. Si ni el tiempo ni el espacio aparecieron ya como absolutos, los números no fueron considerados como cosas en sí, sino como exponentes que describen relaciones mediante operaciones. De allí se derivó la aproximación de las matemáticas a la lógica. Mediante la obra de Alfred North Whitehead y Bertrand Russell aquéllas aparecieron como relaciones pertenecientes a ésta; y la tendencia así madurada se proyectó sobre la filosofía y en la semántica de todas las formas de expresión.

Hacia 1960, el éxito del "Sputnik" soviético llevó a los matemáticos norteamericanos y de otros países occidentales a angustiosas revisiones sobre sus métodos y sus conceptos. Y así vinieron nuevos avances científicos que, dentro del terreno de la educación escolar, en estos mismos momentos, lleva a cambios absolutos, al extremo de que niños de nueve años o menos suelen burlarse de sus padres porque éstos no entienden los procedimientos mediante los cuales se están enseñando las matemáticas, a base de la teoría de los conjuntos y no en el tradicional sentido memorístico. Esas nuevas técnicas no sólo facilitan el avance de niños y adolescentes en dicho campo antes tan árido, sino producen una mayor motivación a aprender, aumentan el rendimiento y los llevan a territorios científicos que habían parecido inaccesibles a ellos. Han aparecido feroces críticas contra las nuevas matemáticas, como la del profesor de la Universidad de Nueva York Morris Kline en su libro *Why Johnny Can't Add*; pero no han hallado unánime acogida.

En la biología, las investigaciones sobre el crecimiento y el funcionamiento de las células hicieron aparecer la ciencia de la bioquímica, típica del siglo XX. Vinieron luego los análisis de la estructura y de las partes de las células pertenecientes a plantas y animales, así como los hallazgos de los cromosomas con todas sus implicancias. De otro lado, el estudio de los virus llevó, en la década de los 90, a los análisis sobre la transición de la materia muerta y el ser viviente. Siguieron búsquedas más y más avanzadas acerca de las células, el proceso vital de diferentes organismos, las vitaminas, las enzimas.

En un ámbito que parece tener mucha más modesta calidad científica, la enseñanza de los idiomas, la transformación también es enorme si se recuerda el pasado no muy distante. El empleo de las ayudas audiovisuales hace mucho más rápido y mucho más interesante aquel aprendizaje.

Acerca del Perú prehispánico, fueron cosas muy distintas lo que aprendí en el colegio, lo que me dijeron en la Universidad, lo que enseñé como profesor en planteles de segunda enseñanza o en el Instituto Pedagógico y lo que ahora conocen los arqueólogos sin tener la certeza de que su tarea está completa.

No hay en estas palabras breves y rudimentarias censura alguna a mis profesores o a mis colegios sino una expresión de tristeza, de envidia y de esperanza al constatar que los jóvenes de hoy, comparados con quienes fuimos jóvenes antes, ven ante ellos un panorama científico mucho más rico, mucho más vasto, y mucho más movible de hechos y de posibilidades.

Hasta 1914 se creyó popularmente en el progreso y se consideró inadmisibles las eventualidades de retrogradación, discontinuidad o derrumbe en la historia política y moral. Fue un espejismo que las clases dominantes divulgaron en provecho propio. No se otorgó importancia suficiente a sucesos tales como el empleo de los campos de concentración para la población civil, que los muy cultos caballeros de Gran Bretaña hicieron en la guerra en África del Sur; ni a la epidemia antisemita desatada en Francia por el juicio contra Dreyfus; ni a los sistemas de tortura, como la "curación por el agua", que implantaron los norteamericanos en Filipinas; ni al saqueo brutal de Pekín por las fuerzas internacionales combinadas que acabaron con la rebelión de los boxers. La gran contienda que se inició aquel año de 1914 y acabó en 1918, dejó en pié, en parte, la superestructura de la civilización; pero sus cimientos que desde tiempo atrás crujían comenzaron a hundirse y siguen en ese proceso y en los años posteriores se vio a gobiernos nominalmente cultos cometer horrores y masacres peores que los de un Asurbanipal o Genghis Khan. Las variedades en la deshumanización o el exterminio propagadas en el siglo XX no sólo fueron las que simbolizan el stalinismo o el nazismo. Allí están las víctimas en cotidianos accidentes automovilísticos; en crímenes en las ciudades que incluyen asaltos, asesinatos, torturas practicadas por criminales y también por nominales personeros de la ley y el orden. Demasiado tarde recordamos algunos las desoladoras premoniciones que acerca de los males coexistentes con el siglo XX tuvieron hombres aislados como Jacobo Burckhardt (2).

Las transformaciones en el globo terráqueo después de la primera y las más numerosas que vinieron como resultado de la segunda guerra mundial y de la muerte del colonialismo europeo que un historiador hindú ha llamado "el fin de la época de Vasco de Gama", han convertido en doblemente anacrónicas las enseñanzas que recibimos acerca de la geografía política. Al asistir, y no como

(2) Burckhardt afirmó que "en el placentero siglo XX el _poder absoluto levantará su cabeza, su horrible cabeza". Anunció también que las coronas dejarían el sitio a las capacidades extraordinarias surgidas ante la enormidad de los conflictos, los *Soler o Führer* cuya fisonomía despótica creyó poder pintar de antemano. Ya viejo escribió las siguientes palabras: "Hace tiempo estoy convencido de que muy pronto el mundo tendrá que escoger entre la democracia total o un despotismo absoluto y violatorio de todos los derechos. Tal despotismo no será ejercido por las dinastías demasiado sensibles y humanas todavía para tal extremo, sino por jefaturas militares de pretendido cariz republicano. Verdad es que cuesta mucho imaginar un mundo cuyos directores prescindan en absoluto del derecho, el bienestar, la ganancia legítima, el trabajo, la industria, el crédito, etc. y apliquen un régimen fundado nada más que en la fuerza. Pero a esta clase de gente ha de venir a parar el poder por efecto del actual sistema de competencia y participaciones de la masa en la deliberación política" (13) de abril de 1821. Para la edición final de sus *Reflexiones sobre la historia universal* escribió: "En vez de la cultura, vuelve a estar sobre el tapete la existencia escueta. El Estado volverá a asumir en gran parte la alta tutela sobre la cultura e incluso a orientarla de nuevo en muchos aspectos según sus propios gustos. Se adjudicará al Estado entre sus deberes sin cesar crecientes, todo aquello que se cree o se sospecha que no hará por sí sola la sociedad". Y en una carta particular dijo: "Tengo una premonición. . . y es que el Estado Militar que se avecina va a convertirse en una gran fábrica. Esas hordas humanas de los grandes centros industriales no pueden quedar abandonadas indefinidamente a su hambre y a su codicia. Por fuerza sobrevendrá, si hay lógica en la historia, un régimen organizado para graduar la miseria con uniformes y ascensos, en que cada día empiece y acabe a toque de tambor" (Jakolio liurckhardt. *Reflexiones sobre la historia universal*, prólogo de Alfonso Reyes, México — Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica 1943, págs. 14-16).

representante del Perú, a las Conferencias Generales de Unesco en París y Florencia en 1949 y en 1950 y al visitar en distintas oportunidades el edificio de las Naciones Unidas en Nueva York hallé que es muy difícil identificar las banderas de todos los Estados que ahora existen y que siguen naciendo.

En suma, no creo que jamás generación alguna haya visto producir tantos cambios en las ciencias y en la historia y en la vida dentro de la órbita de tiempo que pertenece al paso de la infancia a la madurez, como la generación que surgió en la primera década del siglo XX.

Así como de niños pudimos jugar en las azoteas de nuestras casas, también jugamos en el colegio en viejos patios con piedra o losetas. La ciudad seguía siendo pequeña, había pocos locales disponibles y era usual alquilar antiguas residencias de familias grandes para fines educativos. Los escolares de ahora van, en cambio, frecuentemente, a planteles que, en número cada vez mayor, se construyen fuera de la ciudad o en zonas marginales de ella y salen al recreo en campos deportivos.

Pero en el caso nuestro tuvimos la campiña como lugar de juego.

- III** *La Pfadfincler Gruppe y el descubrimiento de vida campestre o rústica.*
- IV** *Las engañosas pruebas de los exámenes.*
- V** *La democrática camaradería en el Colegio de Guadalupe. Arturo Montoya. Luis Ego-Aguirre. Teodoro Elmore. Miguel Noriega del Águila. Máximo Vásquez. Explotado Profesor de colegios pobres. De alumno a profesor en Guadalupe. El maestro entusiasta y sin un cartón con el grado de doctor; J. G. Leguía, L. A, Sánchez R. Porras.*

Los sábados y los domingos no nos alejábamos del Colegio Alemán sino a él nos vinculábamos más en una tarea que superaba ante muchos la de los estudios. El Dr. Karl Maisch, oriundo de Baviera, excelente profesor de Ciencias y, años más tarde, gran director del colegio Lima San Carlos, organizó la *Pfadfinder Gruppe*.

Semanalmente nos convertimos así en *Pfadfinder*, o exploradores, o pioneros.

Este movimiento se inspiró en el scoutismo inglés que, hacia 1908, fundó el escocés Rotaert Baden-Powell. Sin embargo en Alemania tuvo antecedentes entre jóvenes que superaban la edad escolar y que, entre 1899 y 1901, llamáronse *Wandervogel* o la asociación "El Pájaro Migratorio", Comité para excursiones de estudiantes. "Hubo en aquél país diversos grupos que se multiplicaron y dividieron muchas veces hasta formar un *Jugendwebebung*, un plurifacético "movimiento de la juventud" que incluyó a universitarios, profesores noveles y otros grupos y mezcló connotaciones políticas, filosóficas y sanitarias. Allí se propagó el saludo ¡*Heü!* y también llegó a exhibirse la cruz gamada. Entre los ideales de dicho movimiento estuvieron, durante un tiempo, el de comprometer la existencia completa a lo que ordenara la conciencia y el de apartarse de la "incultura de las grandes ciudades" en la búsqueda de salud, virtud y belleza para la juventud. La politización con sus extremos de derecha e izquierda, aquella teñida de antisemitismo y ésta por la lucha de clases, convulsionó a la persistente beligerancia juvenil que tuvo complicadas ramificaciones en los años 920 y desembocó en el organismo llamado *Hitler-Jugend*, juventud hitleriana (3).

(3) Walter Z Laqueur, *Die deutsche Jugendbewegung, Eine historische Studie*, Colonia, Wissenschaft und Politik, Harry Pross, *Jugend, Eras und Politik*, Berna Munich, Viena, 1964. Sobre las relaciones entre el movimiento de la juventud y la política alemana, véase el capítulo "Vida c. historia en Alemania" en el presente libro

Nosotros, inocentes muchachos, no hicimos otra cosa que frecuentar el sub mundo alejado de la ciudad; vivir en él algunas horas con alegría; someternos al caminar, jugar y dormir a una disciplina austera; aprender la autodeterminación en esas jornadas trashumantes. Tuvimos uniforme kaki; sombrero de amplias alas australiano canadiense; una pequeña insignia de cuadros rojos y blancos dentro de un marco negro; bandas de resistencia en las piernas; mochila para nuestras provisiones y para los útiles con qué hacer uso de ellas; un instrumento que, por un lado, semejaba a un hacha y, por otro, a un cuchillo; una cantimplora; y un alto palo en cuya punta flameaban los colores del colegio y la señal correspondiente al grado de cada explorador.

Dentro de la fuertemente disciplinada formación de la *Pfadfinder Gruppe*, se nos vio marchar varias veces por las calles de Lima y dimos la impresión de ser una diminuta fuerza semi paramilitar. Estuvimos presentes, en número reducido, vuelvo a recordarlo, asociados a conmemoraciones públicas como las del cincuentenario del combate del 2 de mayo de 1866, el centenario del nacimiento de Francisco Bolognesi y el homenaje a Santa Rosa de Lima. Nuestra marcha resultaba más compasada por el sonido de los tambores y de los pifanos o pequeñas flautas horizontales que, con indesmayable entusiasmo, tocaba un sector escogido de los mismos chicos del colegio. Esas flautas cree mi buen amigo Santiago Mould Távara que fueron las usadas por los soldados hannoverianos del siglo XVIII y que aparecen en algunas películas cinematográficas acerca de la guerra de la independencia en Estados Unidos. Los profesores siempre acompañaban a nuestro destacamento y usaban pitos para dar sus órdenes. Pero no limitaron nuestros rítmicos paseos a las calles de la capital sino, además, nos hicieron conocer sistemáticamente sus alrededores, hecho que nunca hubiera podido estar al alcance de un muchacho como yo. Nuestras excursiones buscaron como escenario distintos lugares, entre los que recuerdo el Cerro Agustino, Conde de las Torres, Cajamarquilla, Punta Hermosa, Chosica, la Herradura, Chuca, Ancón y la isla de San Lorenzo. Dormí muchísimas noches en el suelo o en una sencilla cama de campaña (*Feldbett*) bajo la carpa que nosotros mismos armábamos y desarmábamos. Alguna vez, temprano, comparé el color de la soleada mañana en la que amanecemos al aire libre con nuestro uniforme kaki claro. En 1917, dentro de un grupo muy pequeño llegamos a residir durante unos días en una mina de Casapalca. Durante las excursiones estuvimos ocupados en el arreglo de nuestras improvisadas viviendas, en la preparación de nuestros frugales alimentos, en el consumo de los que llevábamos de nuestros hogares y, sobre todo, en la mayor parte del tiempo, en el goce de jugar. A la luz del día y también al surgir la noche, nos entreteníamos con simulacros de guerra en la falda de los cerros, o en las playas, o detrás de los grandes restos prehispánicos que existen en los alrededores de Lima. Durante las mañanas o en las tardes, el más popular de ellos era el de los grupos que defendían o atacaban banderas; y, mientras empezaban las sombras de la noche, el que requería el uso de linternas. Ningún lugar más predilecto para estos esparcimientos que las ruinas de Cajamarquilla y Conde de las Torres. Cometimos un crimen; pero nadie nos impidió invadirlas. Por sus angostos recovecos y detrás de sus desnudas paredes abandonadas, solitarias y silenciosas a través de muchos siglos, gritamos, corrimos y saltamos y, sin duda, hicimos daño a venerables monumentos, con la inconsciencia irreverente que la vida

tiene ante la muerte. Fuimos, sin duda, felices entonces pero no sabíamos que lo éramos.

Todas nuestras jornadas estuvieron acompañadas por cantos. Ya he' aludido a la importancia que la enseñanza otorgaba a la música. Ella nos alegraba y alentaba incesante, durante las marchas, o en el descanso, o al lado de las carpas frágiles, o mientras comíamos alrededor de improvisadas fogatas, o al empezar, o al concluir las distracciones al aire libre que tanto nos atraían. Ninguna canción tan popular como la del buen camarada. Era un exponente de la vida guerrera; pero en él bullía un hondo sentido humano. Recordaba el autor a su mejor amigo; juntos, con el mismo paso, marcharon a la contienda; vino una bala, él se preguntó con cuál de ellos acabaría y fue el otro quien cayó. En las estrofas no había odio para nadie, la propaganda patriótica estaba eliminada. Lo único importante hallábase en la fraternidad de un hombre con otro hombre en un momento supremo, en la aceptación melancólica del destino y de la muerte. La inmensa popularidad de *Ichhatteinen Kameraden, o sea Yo tenía un camarada*, halla una expresión en la anécdota de que el Mariscal Von Hindenburg, Presidente de la República alemana en sus días agónicos, obsequió a un gran amigo durante cierto tiempo, el general Schleicher, su retrato con esta dedicatoria: "¡Yo tenía un camarada" (4).

Otro canto predilecto de nosotros era el que, desde sus palabras iniciales, ordenaba marchar hacia la lejanía con un himno varonil en los labios, hacia la vida libre y alegre pero junto con hermanos en cuya fraternidad era dable confiar, todos unidos con un propósito común.

En 1915, 1916 y 1917, o sea en los primeros tres años de educación secundaria, llegaron al colegio comisiones oficiales para los exámenes. Ya he dicho que en todos los cursos —menos en los de Historia del Perú, Religión y Castellano, por supuesto— se nos enseñaba en alemán durante la mayor parte del tiempo; pero se hacía de cada materia una traducción abreviada al español que apuntábamos en cuadernos. Los miembros del jurado eran dos, con un personal distinto en relación con las asignaturas de Ciencias o de Letras. Se rendía un examen oral y uno escrito en cada curso. El respeto que teníamos para cada uno de esos señores llegaba a ser enorme. En efecto, ellos eran personajes en la vida intelectual o profesional de Lima. Intensa emoción nos embargaba al llegar el instante decisivo de nuestra prueba.

Muchos son los episodios que recuerdo de esa época. Mencionaré sólo dos, aparentemente contradictorios. En el primer año, el jurado en la clase de Castellano nos puso como tema: "El libro que más me ha gustado". Nada podía ser más grato para mí, pues era tan ávido lector como desigual estudiante; sin embargo, no sé qué geniecillo diabólico me dominó aconsejándome que, por respeto a la solemnidad del examen, fuese lo más sobrio, preciso y breve posible, por lo cual escribí un documento que obtuvo un calificativo muy bajo. Otro año, el jurado del mismo curso presentó como tema del examen escrito un problema técnico que no conocía bien. Ya era un poco más cínico y humorista. Opté por no poner en mi papel la respuesta dudosa a ese asunto intrincado, sino aparentar que escribía en tono tragicómico a un amigo de la tierra natal para contarle lo que me pasaba y cómo creía saber y cómo amaba esa materia, aunque no conociera algunas de sus reglas. El jurado premió mi audacia aprobándome con un lisonjero calificativo. Aprendí así en ese episodio aislado lo mismo que otros aprendían copiando al mismo tiempo, impunemente, de los libros, que la vida tiene más complejidad de lo que se supone, pues premia o castiga a los grandes o a los chicos, a veces sin relación con la lealtad a las normas que según se dice,

(4) Anécdota narrada por Emil Ludwig en su libro *Hindenburg y la leyenda de la República alemana*, 5a. Edición, México, Editorial Diana, 1960, p. 361

deben ser obedecidas literalmente. La vida no es una ampliación del salón de clase. El que estudia, el que se porta bien (oímos muchas veces en el colegio) será recompensado con la nota más alta, con el diploma o con la medalla. Más tarde averiguamos, que, de repente, obtuvo la fortuna aquel muchacho con fama de flojo o de torpe, o que logró el poder el de más allá cuya mejor cualidad fue la audacia inescrupulosa, mientras este otro que se destacó mucho en el aula tiene un destino mediocre.

Mi primer maestro de Castellano en el Colegio Alemán, fue el doctor Raúl Pinto, antiguo profesor de Educación Física que más tarde trocó la docencia de magro sueldo por la abogacía y la política en gran escala y recibió el premio de su sumisión a determinado partido con los esplendorosos nombramientos de Vocal de la Corte Suprema, Presidente del Jurado de Elecciones y Embajador. En años posteriores fue el doctor Leónidas Madueño, quien nunca emigró del magisterio y en la sombra se quedó. Su libro de texto era el del doctor Agustín Whilar y el de lectura *Don Quijote de la Mancha*. Evoco, impregnado por el cariño que todo muchacho alberga ante sus primeros profesores, las enseñanzas de ambos. Ellas, en realidad, suplieron todo lo que había dejado de aprender en la clandestina escuelita de Tacna. Pero el uso de *Don Quijote de la Mancha* como libro de texto escolar (aunque fuese, en edición española, expurgada y "ad hoc") lejos de suscitar admiración o goce ante obra tan maravillosa, me produjo tedio. En mi caso, *Don Quijote* ha sido libro para la madurez, para leerlo "de regreso" en la vida. Nunca he disfrutado tanto con su lectura como cuando a ella he acudido después de los cuarenta años, sobre todo en momentos en que he sentido el dolor de no poder digerir la ajena maldad.

La clase de Historia del Perú hallábase a cargo del gran poeta Alberto Ureta. Fue él un profesor a quien se acataba por su bondad y por su dignidad intelectual. Los muchachos, en todas las épocas agudísimos en sus juicios críticos, saben también admirar y respetar. No olvido que lo sorprendí una mañana al repetir las palabras de Prescott tomadas de su obra sobre la historia de la conquista del Perú que estaba en la colección de mi padre. Reconozco, sin embargo, que estuve lejos de haber sido un alumno notable; fui simplemente un alumno notable; fui simplemente un alumno serio que leía, por su parte, al margen de los cursos, mucho más de lo que debía estudiar.

Para el cuarto y entonces último año de Secundaria, el de 1918, fui matriculado en el Colegio de Guadalupe. Resultó una experiencia completamente nueva. El local me pareció enorme. El patio de entrada era imponente. La masa de los alumnos resultaba incontable. El cuarto año hallábase subdividido en dos secciones, de unos cuarenta o cincuenta alumnos cada una. Contra lo que se propaga en una leyenda, no por ser nuevo o recién llegado sufrí molestias o disgustos. Fui recibido con instantánea camaradería en ese ambiente genuinamente democrático. El colegio atravesaba un período de gran orden y disciplina bajo la eficiente dirección de dos alemanes: Gustavo Ries y Karl Weiss. Encontré a dos tacneños en el mismo salón de clase, Alberto Espejo y José Gómez, y me convertí inmediatamente en una camarada de ellos. Otras buenas amistades formé en esa época y hasta ahora las conservo con fraternal afecto. Mencionaré aquí entre mis compañeros de aula en primer lugar a Abraham Guzmán Figueroa, Máximo Ruiz Cornejo, Abel Darg, Luis Heraud, Manuel Delgado Bedoya, Julio Wenzel, laureado con la medalla de oro al ser el mejor alumno de la Sección Secundaria en ese año. Otros nombres de alumnos de entonces darían una lista muy larga. En 1968 los sobrevivientes nos reunimos

alegremente para celebrar nuestras bodas de oro, con un fervor sin sombras.

Entre los profesores volví a ver a Alberto Ureta y a Leónidas Madueño; pero no pertenecían al cuerpo docente de mi sección. Las clases de Historia del Perú en ella hallábase a cargo de don Adolfo Quiroga, hombre muy capaz y bueno que dejaba físicamente una impresión muy penosa porque sufría una enfermedad en la columna vertebral y no podía caminar sino agachado. El curso de Castellano que era, a la vez, de historia literaria, pertenecía a Arturo Montoya en cuyo texto con lecturas adicionales para el último año leí, por primera vez, con gran deslumbramiento, a Rubén Darío y a González Prada. En la abundante biblioteca de mi casa a donde no llegaban las preocupaciones literarias, no había muestras del movimiento modernista, ajeno también entonces al clima del Colegio Alemán; y, por lo visto, mi padre o mis hermanos tampoco habían escogido como escritor predilecto al autor de *Páginas Libres*, cuyo elogio a Grau tanto me emocionó en la antología escolar de Montoya en la que aparecían también unos sonetos del propio compilador sobre la crucifixión de Jesucristo. Resulta innecesario decir que la edición de un texto de Literatura con lecturas adicionales es fundamental.

A pesar de mi reciente ingreso al colegio, Montoya tuvo la iniciativa generosa de escogerme para que pronunciase el discurso que, en nombre del alumnado de Guadalupe, era obligatorio decir entonces el 7 de junio ante el monumento a Francisco Bolognesi. En la ceremonia estuvieron los nietos del héroe, Enrique, Augusto y Alberto Bolognesi. El mío fue un conato de interpretación de la batalla en el morro de Arica. Ahí está la primera muestra escrita de mis preocupaciones por la historia del Perú (5).

Había algo de militar en el andar rítmico, en el modo brusco y aun en los poblados bigotes de Montoya, hombre un poco cuadrado pero ágil, cuyos vestidos parecían siempre quedarle largos. Tenía la apariencia de malhumorado y disciplinario; pero, como suele ocurrir con ciertos caracteres que parecen fríos y distantes, ardían, en el fondo de su alma, los leños de la bondad. A mi juicio, era, a veces, demasiado prosaica la forma cómo trataba delicados aspectos de estética y de crítica. Al hablar de la belleza, buscando cómo definirla, de pronto salía con una frase como esta: "Si pasan Uds. por una cocinería...". Pero ponía método en su enseñanza, su texto estaba acompañado, como repito, por una atrayente antología y en su tarea de profesor no era ni blando ni injusto.

En Luis Ego-Aguirre hallé un caso completamente distinto. Inmaculadamente acicalado siempre, podría habersele creído, en esa atención a sí mismo, algo femenino (dentro del criterio de los muchachos de cuarto año de Media en Guadalupe en aquella época); pero sabía ser muy severo cuando era necesario y su pensamiento tenía una nitidez, una agudeza, una profundidad netamente viriles. Sus clases me parecieron muy claras, precisas y ordenadas. La filosofía surgía a través de ellas casi como una ciencia exacta. Hacía muchos años que enseñaba. Otros optaron, después de actuar en la docencia, por la política, la diplomacia, los negocios, la vida universitaria. Ego-Aguirre, ni antes de haberlo yo conocido, ni en los turbulentos tiempos

(5) Anota este episodio, a base de fuentes que consultó en el plantel, Antonio Alva y Alva en su tesis para optar el grado de doctor en Pedagogía en la Facultad de Letras y Pedagogía de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos en agosto de 1944. La tesis se titula *Hacia una interpretación histórica, pedagógica y social del Colegio Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe, 1841-1919*. Dicha referencia, en la p. 75.

que después vinieron, quiso ser otra cosa que profesor de Guadalupe: ni a ser director del Colegio aspiró. Podía adivinarse en el salón de clase su mentalidad fina y selecta; nunca intentó, que yo sepa, publicar un artículo o un libro. Pareció vivir contentó dentro de su digna modestia, sin adular a nadie, sin temer a nadie, sin pedir nada. Años de años lo vi ir a almorzar y a comer solo o con un amigo al restaurant Raimondi, en la calle Jesús Nazareno, excelente lugar, por ciento, entonces, para encontrar sabrosa comida criolla a precios moderados. Soltero tenaz, vivía en un departamento cuidadosamente arreglado en la Avenida Wilson. Una tarde, al evocar con Luis Heraud nuestros días de Guadalupe, decidimos ir a visitar a Luis Ego-Aguirre y fuimos a buscarlo en su residencia; y algo sorprendido, nos recibió con la misma cortesía de antes. Años más tarde vino la noticia de su fallecimiento. Su cadáver fue llevado a la capilla del Colegio de Guadalupe. Acudimos innumerables ex-discípulos suyos de las más distantes promociones. Sin saberlo él quizá, le rodeaba un aura de respeto y de cariño. Siempre que pienso en Ego-Aguirre, me pongo a meditar qué secreto escondía este hombre elegante y modesto. ¿Por qué razón le faltaba ese órgano tan común del ansia de figurar o de actuar, la insatisfacción con lo que se posee? ¿Qué fuerza misteriosa le mantuvo en su línea, sin corromperlo, sin amargarlo, sin endurecerlo, sin desmoralizarlo? ¿Fue el suyo un caso patético de impotencia o poseyó más sabiduría que todos nosotros?

Estuve muy lejos de haber sido el primer alumno de la clase. Hubo dos cursos en que cierta forma de favoritismo me ayudó: el de Física, y el de Trigonometría. Yo no llegué a entender la Trigonometría; pero, consciente de que no la iba a necesitar luego, el profesor me aprobó en esa asignatura. Era nada menos que mi viejo conocido el Padre Vitaliano Berroa, expulsado de Arica por los chilenos algunos años antes. Enseñaba Física, como profesor principal, don Teodoro Elmore con cuya esposa mi familia tenía una relación de parentesco. Elmore era un viejecito menudo, de barba cana y recortada, muy nervioso, lleno de vivacidad, que decía desdeñar la enseñanza de los textos y de las fórmulas que en cualquier momento se podían leer. Lo importante, decía él, era que los jóvenes aprendieran lo que es la vida, acerca de la cual nos daba consejos paternales: No dejaba, a instancias de alumnos curiosos o burlones, de contar anécdotas de la defensa de Arica en 1880 en la que participó como ingeniero, hecho por el cual había recibido injustas acusaciones. Su auxiliar, Enrique Arnáez, en cambio, se esforzaba en cumplir punto por punto el programa oficial.

Otro profesor muy admirado era Miguel Noriega del Águila con su curso de Química en el que ponía fervor y conocimiento. Con gran eficiencia utilizaba los materiales didácticos tan necesarios en esa enseñanza, mucho mejores que los del Colegio Alemán. El criterio de los muchachos, por lo general, también en Guadalupe, era justiciero para valorizar a quienes "dominaban" la materia y sabían enseñar; aunque, a veces, rompían su compostura en la clase cuando el profesor no se esforzaba en crearla. La tendencia al desorden crecía muy significativamente en las clases sobre el idioma inglés, a cargo de un hombre cuyo valer dentro de la literatura peruana no ha sido apreciado debidamente. En ese curso, en daño propio, nadie aprendía nada. Había escuchado muchos cuentos acerca de la insolencia de los alumnos de Guadalupe; pero me encontré con que el docente en plena posesión de sus energías lograba obtener una disciplina casi perfecta, con las limitaciones naturales impuestas por la gran afluencia de alumnos en el salón. En el Colegio Alemán, en una clase que había acabado por no

tener más de unos cuantos partícipes, todos nos conocíamos perfectamente y cada uno de los maestros sabía cuales eran nuestros nombres y características. En cambio, en Guadalupe, en aquella época, sentí la impresión de que la gran cantidad de estudiantes impedía, en muchos casos, la identificación personal, si ésta no se había producido a través de alguna circunstancia fortuita.

Había excelentes alumnos en Guadalupe, acaso algunos más estudiosos que los del Colegio Alemán; no faltaban tampoco los muchachos flojos o ineptos en ambos planteles. Los métodos de enseñanza no diferían en lo fundamental. Se basaban en la exposición oral del profesor que a veces era también un dictado; la toma de la lección o "paso" aprendido en esas notas o del libro de texto, cuanto más literalmente mejor, con excepciones notables. Famoso era el profesor Máximo Vásquez en su clase de Geografía cuando pedía "texto, mapa, trazado y paso". Los libros usados en Guadalupe eran, a veces, franceses en traducciones editadas en España: Malet en Historia Universal, Laglebert en Física y en Química. Este detalle parece muy significativo. Otros libros habían sido escritos por los mismos que tenían la responsabilidad de la asignatura pertinente: Montoya en Castellano. Vásquez en Geografía del Perú, Matías Sánchez en Matemáticas. No había entonces otro manual de Historia del Perú para todos los años de Media y en Primaria que la última edición de la obra de Wiesse; si bien creíamos que una edición anterior, con pasta roja, la superaba. Muy raramente nos hicieron preparar, aun en los años superiores de Media, salvo Luis Ego-Aguirre, trabajos escritos con alguna contribución propia. En ninguno de los dos colegios existía una biblioteca a donde fuera obligatorio o, por lo menos, voluntario acudir. Los gabinetes de química y física hallábanse, repito, mucho mejor abastecidos en Guadalupe; si bien, para hacer uso adecuado de ellos,, surgía, otra vez, la dificultad proveniente del gran número de alumnos. El nivel de los profesores peruanos no podía ser considerado entonces, en general, inferior al de los alemanes, según mis recuerdos; y en algunos de aquellos había quizá una aptitud para despertar esa admiración entusiasta del discípulo hacia su maestro que es una de las más bellas manifestaciones de la adolescencia. En suma, la vida fue para mí acaso más placentera en el Colegio Alemán aunque con más rígida disciplina; en cambio en Guadalupe tuvo momentos de mayor anonimato y de contacto con grandes grupos de alumnos. Ambas experiencias tan diversas entre sí fueron muy útiles frente a las contingencias posteriores en la vida.

Dos cosas impregnan inolvidablemente mis recuerdos acerca de Guadalupe en relación con el tiempo y en relación con el suelo peruano. Es la primera mezcla de arrogancia y de humildad, por haberme incorporado a un colegio de tan vieja y hermosa tradición en el país, por haber sido uno más entre los miles de miles de niños que en esas aulas estudiaron y en esos patios jugaron. Aunque sea por la experiencia que viví apenas un año, he quedado enlazado para siempre a una entidad sustantiva, que seguía y sigue inmutable en lo esencial, mientras pasan las generaciones y se suceden los hombres. Y tengo, al mismo tiempo, la sensación viva y perenne de que allí, en esos patios y en esas aulas, año a año, hay algo de honda importancia cuando se juntan niños y adolescentes de todas las regiones del Perú y de todas las razas, como símbolo bullente de que, a pesar de todo nuestro país es una totalidad en el espacio, como también es una continuidad en el tiempo. Y se me ha ocurrido que, durante el año escolar, podrían tener lugar, en forma destacada, dentro de ese colegio y dentro de otros donde análogo fenómeno se realiza, por lo menos un acto o ceremonia o certamen en que se destaque y se acentúe la idea de esa continuidad en el tiempo y de

esa totalidad en el espacio, con el homenaje a los guadalupanos más ilustres de todos los tiempos (o a los exalumnos de otros planteles si se trata de ellos); y al mismo tiempo, a las diversas provincias del país cuyos hijos están o han estado presentes en la tarea común, superando así y fusionando en una síntesis vigorosa las limitaciones de cada época, los particularismos de cada región, la seducción de cada especialidad, y las variantes de cada destino individual.

Es un orgullo para mí haber firmado, como Ministro de Educación en 1959, el decreto por el cual, tomando en cuenta su antigüedad y su trayectoria, el Colegio de Guadalupe recibió el título de "Primer Colegio Nacional del Perú".

En 1929, volví fugazmente a este plantel como profesor de historia del Perú. Carlos Rodríguez Pastor, buen amigo de las aulas universitarias, tuvo la gentileza de dejarme sus clases de primer y segundo año. Era director de Guadalupe el Dr. César Patrón y Julio Denegrí ejercía la subdirección. Buen amigo de éste, conocí y traté mucho a sus hermanas Manuelita y Carolina, a quienes aprendí a estimar afectuosamente en todo lo que valen. Ya antes, en 1927 y 1928, había sido, como otros estudiantes de la Universidad, profesor de colegios pobres de Segunda Enseñanza. Me inicié en la asignatura de Historia de Límites del Perú en el Colegio de Elías Ponce Rodríguez; y abarqué varias más, siempre con bajísimo sueldo. ¡Cuánto se ha hablado en contra del "profesor golondrina", del que enseña en sus ratos perdidos, del que no ostenta un título pedagógico! No conozco de cerca a las generaciones que van saliendo de las Facultades de Educación; pero en el caso de algunos jóvenes a quienes vi en el ejercicio de la docencia a lo largo de aquella época y en el caso mío había para ir a esa tarea algo más que diplomas y certificados. Era el nuestro —hablo no sólo en nombre propio sino en el de Jorge Guillermo Le-guía, el de Raúl Porras, el de Luis Alberto Sánchez y de muchos más— un sincero amor a lo que enseñábamos, el ferviente anhelo de dar a los niños una visión viva y directa de lo que aparentemente era árido y monótono, acompañado por el entusiasmo para complementar las clases con lecturas o excursiones, o con las muestras de libros o reliquias o grabados, o con las iniciativas para buscar o estimular aptitudes e interés hacia lo estudiado.

Poseíamos ese tesoro que no se extinguía y que, por el contrario, la diaria experiencia acrecentaba; si bien nuestros nombres no figuraban en diplomas con grados de Pedagogía.

VI Cambios en la vida urbana.

VII El descubrimiento del teatro. Reflexiones sobre Frutos de la Educación. La actitud de Felipe Pardo ante los bailes criollos, moda de ellos, su decadencia y su renacimiento. El éxito de Lafuente diputado y la cuestión de La Brea y Fariñas. La afición a las carreras de caballos. José Carlos Mariátegui. El apogeo de la afición taurina.

VIII La ignorancia ante la Revolución Rusa.

Mientras avanzaba de la niñez a la adolescencia, ocurrían importantes transformaciones en la ciudad y en el país. Desde los balcones en la calle Boza había visto diariamente pasar el tranvía y cruzarse los coches. Después, el tranvía quedó desviado hacia calles menos transitadas, aumentó el número de los automóviles y el tráfico se orientó en una sola dirección. La ciudad tenía todavía un encanto propio. Habían sitios fascinantes donde ir los domingos, entre ellos el Parque Zoológico con sus raros animales y el cercano Museo de Historia

Nacional tan decoroso y con tantas cosas interesantes en el céntrico Palacio de la Exposición. Más tarde el Parque Zoológico desapareció y hubo varios museos que truncaron la visión integral de la historia y en los que se perdieron diversos objetos.

Al jirón de la Unión se le llamaba el "centro". La gente iba allí no sólo de compras, sino a pasear, a ver y a dejarse ver. Se conocía a gran parte de los transeúntes que desfilaban lentamente. Años más tarde, en París encontré un amigo que llamaba "el centro" a la avenida de los Campos Elíseos y no quiso en cierta ocasión pasear por esas lindas calles porque no estaba vestido con elegancia, imbuido por el recuerdo de sus años de limeño crecido en el culto uncióse al "jirón". El centro del "centro" venía a estar simbolizado por la confitería del "Palais Concert" en la esquina de Baquijano y Minería. A ese lugar se iba a tomar el cocktail de la mañana, el té del atardecer, el cocktail antes de la comida, el chocolate después del teatro. Hasta hubo una literatura del "Palais", escrita en servilletas de papel. Allí Valdelomar hizo algunas de las "poses" más discutidas y disertó sobre temas de estética con los literatos de su época. Fui demasiado niño para ver de cerca esto, aunque lo conocí y lamenté mi alejamiento.

En la tarde de los jueves y los domingos por la tarde era un hábito elegante ir a pasear a pie por una de las veredas del Paseo Colón. Aquel rincón, como el "centro", fue el escenario donde se hicieron y deshicieron amoríos y matrimonios, citas y aventuras, esperanzas y desengaños. Antaño el mismo papel lo habían desempeñado la alameda de los Descalzos y el puente sobre el Rímac al lado de la calle Palacio. Más tarde ya nada semejante ha habido por obra del automóvil y de las avenidas. Durante el verano iba con mis dos hermanas por las mañanas al balneario de La Punta. Cada media hora partía de la estación de la Colmena, a media cuadra de nuestra casa, un tranvía "directo". El viaje demoraba unos treinta minutos. Por lo menos de nombre, conocíamos a casi toda la gente presente a las 9 y luego a las 12 del día para llenar, sin exceso, los carros. Algunas mujeres eran beldades de la época, como la rubia Gabriela Urbina. Vago recuerdo tengo de los largos y holgados trajes de baño que usaban las mujeres y sus medias negras, del viejo hotel y del establecimiento de baños de Giampietri. El Presidente de la República de 1915 a 1919, don José Pardo, trasladaba su residencia en el verano a La Punta y a la casa que perteneció luego a Carlos José Salas y Perales, y que como otras en el malecón adquirió después el Ministerio de Marina. Más de una vez lo vi, en las postrimerías de su gobierno, ya de noche, pasar por La Colmena en un tranvía que lo llevaba a La Punta solo con un edecán, absorto en sus hondas preocupaciones.

La política caminaba lentamente dentro de sus pro-pias contingencias. Ya no era el Perú el país estable del que había oído hablar con orgullo en Tacna. En 1912 se impuso en forma plebiscitaria la figura de Guillermo E. Billinghurst. Recuerdo haber visto con asombro desde el balcón de mi casa la manifestación, que entonces fue considerada enorme, en favor del nuevo caudillo. En ese comicio vi los carteles que presentaban los descomunales trozos de pan que el pueblo obtendría si Billinghurst era elegido y que nunca se hicieron tangibles, a pesar de la victoria de este candidato, junto con los microscópicos pedazos muy semejantes a los que en época posterior hemos tenido efectivamente y acaso más diminutos que ellos, si su rival Antero Aspíllaga triunfaba. Fue éste el origen de que Billinghurst recibiera el apodo de "Pan Grande". El movimiento militar del 4 de febrero de 1914 seguramente sobrevino tan rápida, tan decisivamente que no registra mi memoria ningún episodio personal con él vinculado, excepto el recuerdo de

que, hasta el comienzo de esa misma madrugada, habían paseado por las calles en esos coches llamados "victorias" grupos de bilinghustas haciendo disparos. Ni uno solo de esos ciudadanos fue visible en la mañana. Los choques que siguieron en 1914 entre los partidarios del Vice Presidente Roberto Leguía y los que auspiciaban las elecciones generales en armonía con la tesis de Javier Prado, ya ocurrieron cuando nos habíamos mudado a la casa en la calle Lescano; y sólo aparecen en mi recuerdo como agitaciones en las calles con grupos muy vociferantes que me parecieron sobre todo de universitarios, nunca demasiado numerosos. En 1915 fui a curiosear en la vecina plazuela del Teatro, el día de las elecciones presidenciales que transcurrió con gran tranquilidad, a pesar del movimiento de los automóviles y coches que manejaban la candidatura triunfante de José Pardo y acaso compraban votos porque las células de sufragio debían llevar la firma del elector, sin mayores expresiones de frenesí o de disgusto popular.

Hacia 1915 ó 1916 hice el descubrimiento de la atracción que el teatro ejerce. Debí tal hallazgo a Paco Ares, un excelente actor español, muy versátil en sus caracterizaciones, siempre ajustado a los distintos papeles que tomaba a su cargo, esposo de una actriz muy inferior a él, Consuelo Abad. Ares prefería la comedia ligera y se hizo muy popular en algunas de las obras de los hermanos Alvarez Quintero. Por esa fácil puerta de zaguán andaluz y no por la alta y mármorea escalinata que conduce a los grandes clásicos, llegué a percibir la belleza del arte teatral. Las tribulaciones paternas de don Segismundo Caín y de la Muela, los dicharachos de criados y campesinos confanzudos e ingeniosos, los sueños y devaneos de muchachas que debían ser de grandes ojos negros, gracioso talle y donoso ingenio, la adoración sin límites a Sevilla, a sus flores y a sus patios, constituyeron temas hasta para la conversación familiar. Fluía de esa copiosa y burguesa producción teatral también un fácil romanticismo, y a mi adolescencia como a muchas otras gentes de esa época, pareció bellísimos aquellos versos que empezaban:

Era un jardín sonriente era una tranquila fuente de cristal...

De allí hay que tomar un largo camino para poder llegar hasta Shakespeare, Calderón, O'Neill, Pirandello, Lonesco, Sartre, Christopher Fry, Tennessee Williams, Albee, Fernando Arrabal...

Paco Ares comenzó a representar en el Teatro Colón hacia 1916 algunas obras peruanas. Exhumó comedias de Manuel Ascencio Segura que, por un motivo u otro, no llegué a ver. Asistí, en cambio, cuando fue puesta en escena la obra *Frutos de la Educación* de Felipe Pardo y Aliaga, abuelo del entonces Presidente de la República, don José Pardo. En tal coincidencia no hubo ni una partícula del espíritu de servilismo ante el poder político que más tarde se ha difundido tanto, hasta hacerse, a veces, casi irrespirable. Don José Pardo no se ocupó jamás del culto a su abuelo o a su padre, ambos tan destacados. El ligamen entre él y el clásico escritor fue hecho entonces ocasionalmente por algún periódico opositor. A mí me encantó *Frutos de la Educación*. Fue, a los trece años, un placer nuevo descubrir las posibilidades de la imaginación histórica. Ahí estaba Lima, la ciudad que veía cotidianamente; pero como si, de pronto, se animaran las cosas y las figuras de una vieja estampa, adquirirían vida nueva hombres y mujeres típicos de una edad ya ida.

Antes de escribir las presentes líneas, llevado por el recuerdo que evoco ahora, volví a leer la comedia de Pardo. Me sigue interesando. Los versos acompañados avanzan monótonamente entre escena y escena y

a través de cada uno de los tres actos, como si los llevara una calesa; pero, aquí y allá, sale de ellos la chispeante pirotección de los dicharachos limeños de entonces o de ahora. Un aroma antañón emana de toda la obra. Se escuchan protestas porque va extendiéndose la costumbre de dar la mano derecha cuando dos personas se saludan. Fluyen, por un lado, los prejuicios arraigados y las reservas ocultas contra un rico inglés que aspira a casarse con una muchacha de la alta clase limeña; el padre vislumbra un porvenir sombrío si "mis nietos se destetan con ron y carne salada". Sin embargo, el tradicionalista Pardo está claramente a favor de los buenos hábitos, de la exactitud, de la sobriedad de los recién llegados inmigrantes. Aparece ante nuestros ojos cómo se urdía el matrimonio en la época colonial, arreglado por los padres sin tomar en cuenta para nada el querer de la presunta novia; y cómo ya en los primeros años republicanos persistía ese sentido rector aunque a la interesada se le hacía, siquiera, una breve consulta. ¡Abismática distancia con los noviazgos y los enlaces de hoy! Algunas escenas, sin embargo, resaltan lo que aún en Lima posee decisivo poder: la "vara", es decir la influencia. Muchas palabras aparecen con la finalidad de pintar a las mujeres de alto rango en esta capital: llenas de ingenio, esencialmente frívolas, aparentemente religiosas aunque muy abnegadas en la adversidad si bien tratan, en la vida diaria, con dureza al marido. Pardo censura, sobre todo, el amor de los limeños y de las limeñas al exceso en el consumo de las viandas criollas y de las golosinas; y, más que nada, la afición de las niñas llamadas "decentes" por los bailes típicos. No sólo el londú, el mismis, el llanto. Sobre todo, la zamacueca. Pepita pierde a su novio, el acaudalado inglés, por haberse lucido en la fiesta de una marquesa en esta danza "con gracia debida a la extraordinaria maestría de algún artista venido de África", "zamacueca de gala, zamacueca de alto bordo, zamacueca de borrasca, de aquellas luciferinas, de aquellas que hicieron rayas entre los zamacuequistas de opinión tan bien sentada". Empavorecido, don Eduardo huye a consolarse con su trabajo en Cerro de Pasco. ¿Qué pensaría él, si viviera hoy y mirase lo que bailan todos los días y en cualquier parte las nuevas generaciones, precisamente bajo influencias británicas o estadounidenses? Y, de otro lado, ahí está, magistralmente pintado, el gandul y vago petrimetre Bernardo, cuya fortuna y la de Pepita gastó el asturiano padre de ella, afanosa, por tan poderoso motivo, de arreglar su matrimonio.

A quienes estamos sosteniendo, frente a interpretaciones simplistas o tendenciosas, que el advenimiento de la República no fue un antifaz para que los terratenientes acrecentaran de inmediato su fortuna, parecen respondernos las palabras de *don Feliciano*, en *Frutos de la Educación*:

*Los cupos que me han echado
patriotas y godos: éstos
por compatriota y amigo,
y por enemigo aquellos:
los gastos que me han exigido
mis prisiones, mis destierros
y mis escondites, sólo
porque cometí el exceso
de haber nacido asturiano
en vez de nacer tudesco;
los cuantiosos capitales
que en ensayos y en aperos*

*hemos metido en la hacienda
 que, constante alojamiento
 de españoles e insurgentes,
 pronto se redujo a un yermo,
 forzosamente debían
 ponerme en duros aprietos.
 ¿Cómo a pérdidas tan grandes
 poner eficaz remedio?
 ¿Cómo rehacer el fundo
 sino a fuerza de dinero?
 Preciso fue... (6).*

Es trágico el abismo entre el alma nacional y Felipe Pardo y Aliaga cuando él estigmatiza los bailes de nuestra tierra. Hay aquí una honda paradoja en quien creó el teatro costumbrista peruano, precisamente con *Frutos de la Educación*, obra estrenada, según probó Raúl Porras Barrenechea, el 6 de agosto de 1829 y no en 1830 como dijera Manuel Pardo en el prólogo a las llamadas obras completas de su egregio padre; y así abrió una ruta que sólo diez años después continuó, aunque fuera dentro de una mayor importancia, Manuel Ascencio Segura. Teatro costumbrista, por lo demás, de valor único dentro de la literatura hispanoamericana en su época (7).

El orgullo social del escritor formado bajo los mejores auspicios en España fue más dominante que su travieso ingenio de limeño. En los altos salones continuaba, en 1829, según este enojado testimonio, el apego a las danzas típicas, Fernando Casos, al evocar en dos de los más incisivos capítulos del segundo tomo de su novela *Los amigos de Elena*, el baile que tuvo lugar en el Palacio de Gobierno en celebración del aniversario de la batalla de Ayacucho en 1848, narra que, después de la "contradanza oficial", "todo el mundo quedó libre para elegir su pareja, así en la primera cuadrilla, vals o schotis, como en la polka de cajón o mozamala, bautizada así aquella misma noche por el

(6) Felipe Pardo y Aliaga, "Frutos de la Educación" en *Puestas y escritos en prosa*. París, Imprenta de los Caminos de Hierro, 1869, pág., 138.

(7) En 1973, el gran investigador Luis Mongüío publicó una edición de las poesías de Felipe Pardo y Aliaga son una valiosa introducción y documentadas notas. Reprodujo el texto de las cincuenta y siete poesías que aparecieron en 1869 y agregó a ellas ochenta y cuatro precedentes de manuscritos, periódicos, folletos y otras fuentes. No por vana jactancia sino como prueba de una tenaz preocupación por la historia republicana, estoy obligado a decir que, de este último grupo, ninguna fue una sorpresa para mí. En las páginas del libro *La Iniciación de la República* (Lima, 1929 y 1930) y aun en las últimas ediciones de *Historia de la República del Perú* fueron divulgadas transcripciones de las que, entre dichos escritos, me parecieron los más valiosos o característicos. Uno de mis afanes constantes al buscar en el suelo de la Biblioteca Nacional calcinada en 1943 impresos antiguos, fue el de hallar, completa! y organizar periódicos de Pardo y Aliaga a los que, sin conocer la riqueza de los grandes centros estado unidenses, otorgué la calidad de ejemplares únicos: entre ellos *El Coco de Santa Cruz*, *Para Muchachos*, *El Conquistador Ridículo* (no citado por Mongüío), *El Intérprete* y otros. En la quinta edición de *II. de la R. del P.* aparece un grabado con algunas de estas hojas tal como quedaron después del incendio y del rescate. Pero esto es cosa sin importancia. Lo que interesa señalar es la sorpresa de Mongüío ante el desdén con que nuestros modernos antologistas tratan a Pardo y Aliaga. En esta actitud, más que razones de gusto literario por él refutadas, ha habido motivos políticos. Contra ellas surge valientemente, al fin, una nueva manera de juzgar. "Don Felipe Pardo y Aliaga (escribe Mongüío) fue un poeta de escaso estro lírico; de reducida pero notable producción de poesía contemplativa y reflexiva; de primera categoría en la poesía festiva; a quien las circunstancias de su tiempo, de su vida, de su educación y de su temperamento alzaron a alto nivel en el género analítico, racional, crítico y cómico que es la poesía satírica. Todo ello bastaría si no fueran de singular mérito asimismo su teatro y su prosa, para asegurarle un lugar importante en la historia literaria de su patria, el Perú, y en la general de lengua castellana". (Luis Mongüío, ed., *Poesías de don Felipe Pardo y Aliaga*, Berkeley-Los Angeles-Londres, University of California Press, 1973, pág. 23). Interesa también dejar constancia de que ninguno de los críticos peruanos — ¡ninguno! — se ocupó del aporte de Mongüío sobre este clásico peruano cuya valoración justiciera no necesita estar acompañada por, ni debe implicar una solidaridad ideológica. Una honrosa excepción a este tratamiento nacional a Pardo y Aliaga como a un leproso ha sido Guillermo Ugarte Chamorro con sus artículos sobre las críticas teatrales del autor de *Frutos de la Educación*.

ático ciudadano Manongo Sagastaveitia". Más adelante, dice, ya a las tres de la mañana, "todas las danzas serias estaban fuera de ocasión". "Sagastaveitia suplicó a Saona, a nombre de las niñas, una polkita de ocasión y la música comenzó una excitante mozamala que vino como pedrada en ojo tuerto después del primer ambigú y las copas de jerez y de champagne" (8). Sin embargo, pocos años más tarde, don Felipe obtuvo, sin saberlo, una gran victoria porque la nobleza que agonizaba y la plutocracia en ascenso adoptaron una actitud de completa sumisión colonial ante las modas llegadas de Europa. El criollismo musical afrontó, a lo largo de muchos años, grandes embates; pero supo resistir. En Lima se le consideró en forma despectiva como expresión del pueblo, o del "medio pelo", o de quienes a ellos se acercaban alegremente; y así ocurrió en el caso de la jaranera "palizada" de fines del siglo XIX y comienzos del XX y en el de las zarzuelas de Alejandro Ayarza, "Karamanduka", aunque hubo personas finas que acudieron, vergonzantes, al Teatro Victoria donde se representaron hacia 1910 o 1912, las obras teatrales de este autor espontáneo.

Han surgido últimamente duras críticas contra Alejandro Ayarza porque, oficial de Gendarmes, se enfrentó hacia 1917 a los obreros anarcosindicalistas en una o más de una huelga de ellos. Censurable como su actitud es, no borra lo que tocaron sus sabrosas zarzuelas *Música peruana*, *Plisen Callao* y otras, aisladas y sin paralelo en la época en que fueron representadas.

La constancia y la calidad de figuras como Rosa Mercedes Ayarza de Morales, hermana de Alejandro, las fiestas de Amancaes durante el Oncenio leguista, la aparición de compositores valiosos como el genial Felipe Pinglo, la propaganda en la radiodifusión y otros factores hicieron que el vals criollo, la polka y la marinera entrasen triunfantemente en los salones, más o menos, a partir de la década de los 950. José Calvez, en total oposición a Felipe Pardo y Aliaga, aunque sin saberlo, dedico un poema a la marinera.

La inquietud surgida hacia 1916 y 1917 a favor del teatro nacional no se redujo a la exhumación de obras antiguas. También fueron estrenadas comedias, dramas y revistas de varios autores contemporáneos jóvenes. La que más me impresionó fue *Lafuente diputado*, escrita por Luis Góngora, fallecido luego prematuramente, periodista de *La Crónica* donde fue, además, fino crítico de arte. No llegó a ser impresa. Alguna vez, quise indagar acerca del paradero de su texto; y Carlos Rebolledo, actor ya en esa época que se hizo muchos años más tarde buen amigo mío y a quien ayudé en lo que pude en el Ministerio de Educación, me aseveró que aquellos originales se habían extraviado. Trataban de un asunto que en aquellos días tenía candente actualidad. Una familia moderna convertida a la seudo-religión de la vida cómoda en aras de la cual había optado por buscar el enriquecimiento rápido, tenía como símbolo a un hombre cuyo voto como parlamentario era decisivo en torno a la entrega de una parte del territorio nacional a la explotación del capital extranjero. Ya no era el caso del hombre de negocios anglosajón anheloso de formar un hogar en Lima como el personaje de Felipe Pardo: se trataba del consorcio poderoso, del gigante anónimo, absorbente, desmoralizador, temible. Lafuente habría dado ese voto si en su familia no hubiera existido el abuelo, anciano ex combatiente en el combate del 2 de mayo, que representaba los valores éticos aparentemente muertos. Mi entusiasmo de muchacho, no hacía sino reflejar una opinión colectiva. El éxito popular de *Lafuente diputado* fue extraordinario porque estuvo relacionado con los debates en torno al petróleo de La Brea y Fariñas. Góngora presentó otra obra, *La rueda invisible*, cuyo argumento acaso era más fino, más sutil; pero no interesó.

(8) Fernando Casos, *Los Amigos de Elena*, tomo II, París, Librería Española de E. Denné Schmitz, 1874, págs 197-198

Tanto mis hermanos inmediatamente mayores como mis amigos de fuera de mi casa, sintieron el atractivo de las carreras de caballos, que, en esa época, se llevaban a cabo en el hipódromo de Santa Beatriz. Sus modestas tribunas de madera calificadas de "moriscas" por los cronistas, sus jardines amplios, los pasadizos entre las tribunas y la pista, la cúpula que se alzaba sobre el edificio me parecían cosas bellísimas. Sólo después he pensado en lo pequeñas e insignificantes que eran. En esta afición no había una avidez económica, a base de la expectativa de ganar dinero en las apuestas, cosa que muchas veces no podíamos hacer o hacíamos en cantidades insignificantes. Era algo más: la incorporación propia dentro de un espectáculo al aire libre, como partícula de una vasta multitud en la que se juntaban desde el Presidente de la República, los altos funcionarios, y las más bellas o más importantes mujeres, hasta mucha gente humilde y anónima; la excitación que provoca toda prueba cuyos resultados son inciertos y en donde la victoria pertenece al más esforzado; la belleza visual del campo abierto, de la pista cuidadosamente hecha, de los caballos de pura sangre y de los vivos colores en las casacas de los jockeys. Por muchos años fui, como tantos compañeros de mi generación, un aficionado fanático de las carreras de caballos. Conocía de memoria, mejor que las lecciones del colegio, los nombres de ellos, su "pedigree" y los títulos de los "studs", sus preparadores y sus jinetes y seguía día a día, durante la semana, la preparación del programa para el domingo siguiente, Asimismo, al igual que innumerables aficionados de aquella época, sentí orgullo y cariño por las victorias que lograra entre 1913 y 1916 sobre sus rivales argentinos y chilenos el caballo peruano *Febo* cuyo dueño nominal era el preparador Foción Mariátegui, cuando en realidad lo era el ex Presidente Leguía, entonces alejado del país. Año a año fui coleccionando la revista *El Turf* en cuyas páginas se inició hacia 1915 y siguió —creo que hasta 1917— una tendencia literaria por obra de su director, "Juan Croniqueur", mi "amigo" José Carlos Mariátegui. Hay quien afirma que entonces José Carlos intentó acercarse a la aristocracia y a su propia familia cuando se hizo aficionado a la hípica. Un médico amigo, Juan Francisco Valega, cree que así como un famoso pintor francés, Toulouse-Lautrec, caracterizado por su deficiencia física, escogió como modelos a bailarinas, así también "Juan Croniqueur", por contraste, se sintió atraído hacia los caballos de carrera. Cuentos, versos, crónicas humorísticas: todo eso ensayó él para producir una literatura del turf y hasta creo que por ahí en su revista puede leerse una amistosa polémica entre él y su buen camarada el "Conde de Lemos", Abraham Valdelomar, sobre los méritos respectivos del espectáculo en el hipódromo y las corridas de toros. Con mi ingreso a la Universidad, ya mi afición hípica desapareció. No olvido, sin embargo, la alegría de aquellos domingos en que era rota la monotonía de las preocupaciones habituales; la ansiedad con que esperaba el instante de algún encuentro sensacional en la pista; la emoción tantas veces sentida ante la victoria del caballo preferido o ante la de un más afortunado rival; la tristeza súbita al recordar que todo aquello no era sino un breve paréntesis, pues el lunes había que estar a las ocho de la mañana en el colegio. Ni entre mis amigos ni en mi familia había estímulos para la afición por las corridas de toros. Entiendo que con la llegada del matador mexicano Rodolfo Gaona en 1916, éstas tomaron nuevo impulso. Inclusive se hizo popular el paso doble *¡Ole Gaona!* Yo no estuve presente en esa temporada, ni tampoco vi a Juan Belmonte cuando llegó en 1917-18 junto con Diego Mazquiarán, "Fortuna". Comenzó Belmonte su acción desganadamente y "Fortuna" hizo alarde de gran valor. La gente decía: "Fortuna ha venido a ser Belmonte y Belmonte ha venido a hacer fortuna". Pero, de pronto, Belmonte demostró toda su inmensa capacidad como artista y se enamoró de una muchacha limeña. Sólo pude ver y admiré muchísimo a Belmonte cuando regresó después, creo que en la temporada 1920-21; pero antes, en 1919 y 1920, fui a

ver y a admirar también a José Gómez Ortega "Joselito". Inevitablemente, el recuerdo asocia a ambos. Belmonte daba la angustia del peligro máximo, del riesgo tremendo; Joselito, ágil, grácil, alegre, quitaba toda impresión de tragedia, hacía del toreo un arte puro. Era un encanto para los ojos verlo en una victoria constante de la juventud, de la destreza física y de la inteligencia. Después, cuando conocí un poco de música y de pintura, se me ocurrió, irreverentemente, compararlo con Mozart y con Rafael. Parecía que, con su gracia genial, perdía el toreo todo patetismo, que nunca podría ocurrirle nada en el ruedo. Y, sin embargo, poco tiempo después de estar en Lima, fue muerto por el toro *Bailaor* en la plaza de Talavera de la Reina el 16 de mayo de 1920. Y Belmonte el "trágico", aquel de quien decían que era necesario apurarse para alcanzarlo a conocer, llegó, ya muy maduro, a retirarse del ruedo y terminó suicidándose.

En 1917, a los catorce años, no tuve una idea exacta acerca del gran acontecimiento mundial que entonces conmovió al mundo: la Revolución Rusa (9).

(9) Sobre el estallido y las primeras expresiones de la Revolución Rusa, J. Basadre, *EL azar en la historia y sus límites*, Lima, P.L. Villamieva, 1973, págs. 31-40.